

FOLL
(042)
4



MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION

INICIACION DEL CURSO LECTIVO 1977

Mensaje del Señor Ministro
de Cultura y Educación
Prof. RICARDO PEDRO BRUERA

Santa Fe, 7 de marzo de 1977.

BUENOS AIRES - REPUBLICA ARGENTINA

1977

(642)

BIBLIOTECA	
Entró	11-4-77
Remitente	R. P.
Intervino	J

INV	008069
SIG	F. 11 042
LIB	L

INICIACION DEL CURSO LECTIVO 1977

Mensaje del Señor Ministro
de Cultura y Educación
Prof. RICARDO PEDRO BRUERA
Santa Fe, 7 de marzo de 1977

15101

CENTRO NACIONAL
DE DOCUMENTACION E INFORMACION EDUCATIVA
Av. Eduardo Madero 235-1er Piso - Buenos Aires - Rep. Argentina

SIGNIFICACION DE LA ESCUELA

Hoy el país todo piensa en su escuela. La más estructurada de las instituciones sociales se percibe, en este comienzo de clases, como una palpitante articulación de la comunidad nacional. Es que después del receso en familia, el retorno a las aulas marca el momento preciso en el que todos percibimos la sensación de retomar la dimensión total de nuestras vidas. Es el presente que se integra en su proyección hacia el futuro; somos los adultos los que nos reencontramos totalmente a nosotros mismos en la realización de nuestros hijos; es la escuela argentina la que vertebrá vitalmente la plenitud de nuestra realidad cotidiana.

LA OBLIGACION POLITICA DE MAGISTERIO

Por esta sensación de responsabilidad institucional, he meditado sinceramente acerca de cuál debería ser el contenido de este mensaje inaugural. Normalmente es ésta una tribuna de anuncios y referencias sobre política educativa y sobre realizaciones y proyectos ministeriales. No sé si me equivoco, pero estimo que la expectativa real es otra. Todos los días, con las alternativas variadas de nuestros aciertos y de nuestras dificultades, los medios de comunicación social informan sobre proyectos y sobre actividades. Hoy queremos cambiar la tribuna por la cátedra y cumplir desde aquí la función docente que nos corresponde como expresión de un íntimo sentir profesional y como requerimiento de nuestra obligación política de magisterio.

Es ésta pues mi cátedra. La de siempre. Con su mismo imperativo de doctrina y con mi misma humilde pasión de

entrega. Salvo que hoy mi cátedra cuenta con millones de alumnos esperanzados y expectantes, con centenares de miles de colegas que me acompañan, con la comunidad nacional toda que al reencontrarse en la escuela con los niños y los jóvenes, inquiere meditadamente sobre el destino nacional trascendiendo la urgencia de las ansiedades cotidianas.

Por eso hoy quiero reflexionar con la comunidad educativa, palpitando sus propias inquietudes y tratando de esbozar en mi mensaje docente el contenido de una pedagogía social que nos induzca a asumir, con cabal comprensión del momento, la responsabilidad y el compromiso de este año escolar 1977.

LA PEDAGOGIA DE LA RESPONSABILIDAD

Primero quiero pensar con los padres sobre el tema de nuestra responsabilidad. Es cierto que, mirando retrospectivamente, la familia argentina perdió —durante demasiado tiempo— su fuerza educadora. Fue tal vez la urgencia por vivir vertiginosamente un proceso nacional que agotó sus perspectivas —sin marcos referenciales— en la frustrante pero en cierta medida fácil empresa de gastar el tiempo con egoísmo provechoso, y el afán de realizarnos superficialmente en un país que peregrinamos sin la inquietud vital de una trascendencia histórica y espiritual. Fue, ciertamente, el negativo impacto de falsas opciones psicologizantes y sociologizantes con las que nos indujeron a la disolución social mediante la quiebra de todas las responsabilidades de la autoridad paterna, el desprestigio de la institución familiar, la negación del ejercicio válido y honesto del poder adulto para arquitecturar orgánicamente el juego generacional.

Después del agobiante proceso inmediato pasado en el que perdimos dolorosamente a una parte valiosa de nuestra juventud, los padres intentamos retomar, es cierto, la urgencia de nuestra responsable función en la familia. Lo que no sé si hemos hecho todavía, es asumirla con plenitud cabal y comprensión exacta de la realidad educativa que representan hoy nuestros hijos.

LOS NIÑOS Y LOS JOVENES DE HOY

Algunos indicios me inducen a profundizar este aspecto del tema. He percibido una carga de ansiedades hacia el final del curso lectivo 1976. Como si el evitar para la joven generación los peligros de ayer, tuviese necesariamente que correr parejo con una actitud sólo represiva y angustiante. Ahogar el desarrollo efectivo de la personalidad por un exceso de aprehensión, resulta tan negativo como la permisiva tolerancia con que se renunció en algún momento al ejercicio mismo de toda autoridad.

No debe dudarse de que nuestros niños y nuestros jóvenes han recibido el impacto de la experiencia histórica. Ellos tienen mucha mayor capacidad y velocidad de percepción que los adultos, que frecuentemente no nos damos cuenta de los procesos interiores que generan pese a la aparente inmovilidad con que vivencian el conflicto social. Nuestros niños y jóvenes maduraron en el dolor. Que nadie les aplique hoy los excesos de una responsabilidad que no supimos cumplir ayer. Ser vigilantes y firmes, significa interpretar en plenitud de conducción y comprensión la realidad de una generación que está aceptando sus responsabilidades y que comprende, ciertamente, que sus ca-

minos de ninguna manera se confunden con los de la disolución.

En verdad, la responsabilidad frente a nuestros hijos conlleva la idea de respuesta y ésta debe inscribirse en la dimensión exacta del requerimiento real y actual de la nueva generación.

INTEGRACION DE LOS PADRES EN LAS INSTITUCIONES EDUCATIVAS

Hay algo ineludible para todos nosotros, y que resulta conveniente destacar hoy en el comienzo de clases. La escuela no puede suplantar las obligaciones propias de los padres. La escuela ciertamente coopera con ellos, pero de ninguna manera puede sustituirlos. La familia es la principal educadora y es por ello que sin integración familiar no hay sistema educativo capaz de sostener la pervivencia de una comunidad nacional.

Porque la escuela es el apoyo institucional de la educación familiar, es necesario una mayor integración de los padres en las instituciones educativas. El año pasado instauramos el lema de "acérquese a la escuela", este año lo reiteramos como un objetivo básico de acciones concretas para que la educación nacional asuma la plenitud de un compromiso compartido de padres y maestros.

NUESTRA TAREA DOCENTE

Deseo ahora conversar con mis colegas docentes para meditar sobre un enfoque muy especial de nuestra actividad y de nuestras vidas. También nosotros perdimos en

algún momento la significación exacta de nuestra tarea. Las corrientes pedagógicas del nihilismo y la incidencia negativa de teorías educativas sin fundamentos conceptuales sólidos, nos convirtieron —junto con la paralizante acción de la burocracia— en administradores del saber, en autómatas del formulismo, en avergonzados depositarios de un lastre cultural que se rechazaba a priori.

En virtud de este negativo cuadro al que nos condujeron, no puedo dejar de rendir homenaje, en este momento, a la capacidad de reacción positiva de nuestra docencia. Bastó que retomásemos la senda normal de las relaciones institucionales, para que el magisterio volviese de inmediato a su nunca renunciada vocación de entrega y realizase el verdadero milagro de reasumir conscientemente durante 1976 su presencia en el aula y su significación en el orden social.

Sin embargo, resta aún un largo camino, porque el antiguo espíritu fue quebrado y porque los requerimientos hacia el mañana nos obligan a la creación de un nuevo estilo docente.

Creo que, en primer lugar, debemos desprendernos para siempre de la esquematización negativa de la neutralidad.

Es preciso que consolidemos firmemente que educar presupone una irrenunciable intencionalidad y que el amor no puede separarse de la docencia. Se trata de vitalizar la exultante alegría de enseñar, de vivenciar integralmente la riqueza afectiva de la relación pedagógica.

PEDAGOGIA DE LOS VALORES

Queremos desarrollar en las escuelas una pedagogía de los valores que no significa otra cosa que recuperar para

nuestra tarea el sentido de lo formativo: cooperar en el desarrollo moral de nuestros alumnos, ayudarlos a descubrir los valores propios de nuestra comunidad nacional; he aquí una empresa que —por sobre todas las dificultades de siempre— dignificará nuestra profesión, que dará sentido a nuestra presencia en el aula, que nos quitará la frustración de ser máquinas de enseñar sin contenidos vitales.

Comprendida así, la pedagogía de los valores no sólo se corresponderá con una fundamentada concepción educativa, sino que ayudará a encontrar el sentido mismo de nuestra altísima misión de educar y a consolidar en plenitud profesional nuestra realización personal.

El retorno a la actitud formativa y a la vivencia efectiva de la docencia, no es una expresión vana o retórica en este comienzo de clases. Más allá de su significado intrínseco, quiero destacar su valor en estas circunstancias como explicación de nosotros mismos en el aula. El marxismo señala permanentemente el sentido de la alienación. Debemos comprender que sin ejercicio del magisterio moral y sin amor en nuestra tarea, los docentes carecemos de la justificación esencial de nuestro oficio: quedamos alienados, prisioneros de la maquinaria impersonal, quebrados en nuestra propia afectividad.

PEDAGOGIA DEL ESFUERZO

He aquí, pues, nuestro tema central para 1977 que supera todas las disquisiciones técnicas y los problemas curriculares: formar la sensibilidad para que nuestros alumnos perciban el problema moral; llevarlos permanentemente —más allá de los límites de cualquier asignatura— al

desarrollo de la reflexión moral; promover las acciones consecuentes que impliquen la movilización de la voluntad.

Y todo ello —y siempre— en el marco afectivo de una relación pedagógica que al valorar la libertad del otro —nuestro alumno— asume en el amor la única fuerza capaz de conducir y posibilitar esta co-operación en la que indicamos el camino, pero en la que nuestros discípulos cumplen —intransferiblemente— el proceso de su propio desarrollo personal. Quizás pueda sintetizarlo mejor con una frase de San Agustín: "En lugar de muchos métodos, ten amor".

En tercer lugar algunas palabras con nuestros jóvenes alumnos. Se ha escrito mucho sobre pedagogía infantil y juvenil. En algún momento, se llegó a pensar que educar consistía en posibilitar el facilismo como único camino para canalizar la espontaneidad creadora. De allí surgió el equivoco que colocó a nuestros alumnos en un conformismo pasivo con relación a sus propias exigencias.

Hoy, la situación está variando significativamente. Y creo que son principalmente los componentes de esta joven generación que en este momento se congrega en las aulas de todos los niveles educativos, la que más rápidamente entendió la falacia de una experiencia histórica que ella vivió en carne ajena o parcialmente en la propia.

UNA JUVENTUD DISTINTA

He conversado mucho con nuestros alumnos en estos últimos meses y estoy seguro de comprenderlos cuando señalan la presencia en nuestras aulas de una juventud distinta que, al ser más exigente de sí misma, exigirá más de los docentes y de las instituciones educativas.

A ellos quiero dirigirme ahora, para que se afirmen en esta actitud con la que aseguran su destino personal, para explicarles que toda realización humana es sólo producto del esfuerzo.

LA REALIZACION EN PLENITUD POR EL ESFUERZO

Desarrollar una pedagogía del esfuerzo: he aquí otro de los propósitos básicos de nuestra gestión ministerial. Pero para que esta intención pueda concretarse como realidad en la escuela argentina, debemos todos entender cabalmente qué significa. No se trata del agobio por el rigorismo que se agota en sí mismo; no se refiere a la acumulación de exigencias externas que presionan sobre el educado sin significatividad intrínseca. Pensamos, básicamente, en un desarrollo libre y autónomo de la personalidad que surja del principio fundamental de comprender que educarse significa un largo camino permanente de realización, en el que partimos como posibilidades y en el que tendemos hacia un perfeccionamiento lo más acabado posible.

Y es en este proceso en el que el esfuerzo bien entendido alcanza su dimensión de grandeza. No es posible, de ninguna manera, alcanzar las metas de la propia educación y de la incorporación adulta a la sociedad sin violencia sobre la propia pasividad, sin renunciamentos sobre la comodidad complaciente.

Es sobre esta concepción ascética de la propia vida —figurada en el rigor que exige siempre el subir una montaña—, sobre la que queremos instaurar el desarrollo de nuestra idea educativa. Que no quita la alegría de vivir,

sino que asume la verdadera, la de sentir la responsabilidad propia en el quehacer común de la sociedad, la de sentir cabalmente la dignidad del trabajo, la de percibir íntimamente cómo crecemos en la medida en que nuestro propio esfuerzo nos realiza hacia la plenitud de nuestras posibilidades.

Instaurar en las aulas una verdadera pedagogía del esfuerzo: he aquí una convocatoria fundamental para nuestros niños y jóvenes. No les ofrezco el facilismo, no los adulo con complacencia permisiva. Los insto al renunciamiento y al heroísmo de saber gastarse y desgastarse en la tarea cotidiana porque ella explica el sentido mismo de un momento vital —la juventud— que sólo puede cobrar dimensión de grandeza en la medida que asuma, en la entrega cotidiana, el desafío de realizar el futuro a partir de la propia exigencia en el presente.

CONVOCATORIA A LA JUVENTUD

Esto que pedimos a nuestra joven generación —que ya nos lo está dando— representa para nosotros un desafío y un compromiso como tarea. No se trata ya para la escuela de reprimir los excesos del desborde juvenil y de la rebelión. Se trata de realizar una respuesta adecuada a una actitud que, por el hecho de ser exigente de sí misma, será a la vez sumamente exigente de nuestras instituciones y de nuestra docencia. Al convocar a nuestros alumnos al esfuerzo, asumo personalmente ante ellos el compromiso de una transformación educativa que responda mejor a sus requerimientos personales y a su realización social.

He aquí, en consecuencia, una gran empresa para el país todo. No es necesario insistir en reiteradas exposiciones de diagnóstico para convencernos de que la realidad de la escuela argentina no nos satisface. Ni siquiera tenemos posibilidad alguna —en otro sentido— de ser originales en la propuesta de soluciones. Sí, en cambio, tenemos la responsabilidad —en esta oportunidad casi definitiva— de no equivocarnos las estrategias de transformación y de no fracasar en el ritmo del proceso que posibilitará la concreción del proyecto educativo que acompañará a la realización de la reorganización nacional.

Partimos de una realidad ciertamente difícil, en la que el sistema educativo nacional presenta falencias básicas de orden cualitativo y cuantitativo, de organización, de infraestructura, de metodologías, de relaciones con los otros órdenes de la sociedad. A partir de este primer año de esfuerzos en el que sólo hemos avanzado hacia un funcionamiento reordenado, emprendemos el largo camino hacia la meta de un modelo ideal de la escuela argentina.

Sobre ninguna otra realidad es más aplicable el lema de "tiempo y esfuerzo" que con referencia a las situaciones educativas. Tenemos suficiente experiencia histórica y personal sobre esta materia para entender cuáles son los requerimientos del ritmo exacto de la conducción que debe unirse a las posibilidades concretas de avance que oferta la misma realidad nacional.

LA TRANSFORMACION COMO PROCESO

No hemos proclamado nunca la instauración de una transformación revolucionaria. Por el contrario, hemos comprometido —en profundidad— el desarrollo de un pro-

ceso irreversible de cambio sostenido y participado progresivamente por todos aquellos que serán, en definitiva, los artífices efectivos del logro final.

AVANZAR

DESDE LA REALIDAD Y CON LA REALIDAD

Pensamos sinceramente que en esta empresa tenemos que avanzar desde la realidad y con la realidad. A pesar de los impacientes, de los legislantes, de los de mala fe, de los que sólo quieren o sólo son capaces de modificar las estructuras porque no tienen comprensión ni capacidad ni fe para lanzarse a la, a veces, exasperante tarea de cambiar efectivamente la realidad nacional.

Nadie nos apartará de esta concepción de la conducción educativa. No pretendemos ser iluminados; personalmente soy un docente en ejercicio de la responsabilidad ministerial. Sé cómo avanza una clase, sé cómo avanza una organización escolar, sé cómo se normaliza el proceso global en el nivel de las instituciones.

Por este mismo conocimiento es que no comprometo nada espectacular, sino la constante decisión de no detenernos, de avanzar siempre hasta los límites de lo posible sin impacencias ni desbordes.

EL PROCESO GLOBAL

Fundamentalmente los hechos en educación no son noticia; los hechos en educación son procesos. Porque lo entendemos así, hemos desencadenado un esquema frontal

que abarca unitariamente la totalidad de la realidad educativa: pedagogía de los valores, pedagogía del esfuerzo, nuevo modelo de organización del sistema, concepción y perspectiva socio-política de la problemática educativa, experiencias pedagógicas, nuevo estilo y perfil docente, cursos de perfeccionamiento, metas de escolarización, infraestructura.

LA TRANSFORMACION EDUCATIVA, EMPRESA DE TODOS LOS ARGENTINOS

No es sólo decir que la transformación educativa debe ser obra de todos los argentinos. No hay discurso en que eso no se diga. Lo importante es realizarlo así, vivenciarlo así como lo estamos haciendo mientras recorremos el país, auscultando la realidad de nuestras aulas, trabajando en común con nuestros colegas docentes, preparando desde hoy —con los responsables de cada sector— lo que luego se manifestará en resultados en el transcurso de los años.

Progresivamente el país entero irá sumándose a esta empresa de cuyo acierto depende, inexorablemente, el futuro nacional. Lo queremos plantear una vez más desde aquí como empresa para todos los argentinos. Desde esta escuela santafesina que llevo tan adentro de mi alma. Con estos docentes y estos niños de mi patria chica, desde la que comprendo mejor la unidad cabal de la Nación Argentina.

EL DESAFIO DEL FUTURO

Aquí, desde Santa Fe, jugamos en su momento con desventajas el intento de la transformación educativa. Ahora asumimos el nuevo desafío con la experiencia de aciertos y frustraciones.

Lo asumo por mí y en nombre de los padres que viven hoy la responsabilidad de nuestro destino social, en representación de mis colegas docentes que nunca retacearon su esfuerzo y su creatividad cuando fueron convocados al me joramiento de la escuela, en función de estos niños de hoy que significan la vocación esperanzada de un futuro destino nacional de grandeza.